

LORENZO LAGE ESTRUGO | MARIO ROSANO ALLOZA

(EDS.)

# Un milenio de globalizaciones en el Asia Central

## De los albores de la Edad Media a la contemporaneidad

PIEDRAS ANGULARES





Un milenio de globalizaciones  
en el Asia Central



LORENZO LAGE ESTRUGO | MARIO ROSANO ALLOZA

(eds.)

# Un milenio de globalizaciones en el Asia Central

*De los albores de la Edad Media  
a la contemporaneidad*



EDICIONES TREA

ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA  
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición: abril de 2026

© de los textos, sus respectivos autores, 2026

© de esta edición:

Ediciones Trea, S. L.

C/ Gran Capitán, 52

33213 Gijón (Asturias)

Tfno. 985 303 801 · Fax 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán

Maquetación: Alberto R. Torices

D. L.: AS 00871-2026

ISBN: 979-13-87790-68-4

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L. La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Índice

<b>Introducción. Bajo el signo de Clavijo</b> .....	9
Lorenzo Lage Estrugo y Mario Rosano Alloza	
<b>1. Asia Central como laboratorio histórico de globalización.</b> .....	15
Lorenzo Lage Estrugo y Mario Rosano Alloza	
<b>2. La senda de la civilización global de Asia Central.</b> .....	75
Azamat Ziyo	
<b>3. El Turquestán en el mundo globalizado hasta comienzos del xx.</b> .....	89
Vohid Yusupovich Kholov	
<b>4. El siglo de la globalización soviética</b> .....	105
Xavier María Ramos Diez-Astrain y Emanuele Treglia	
<b>5. Asia Central: el corazón del mundo en disputa en la era de las globalizaciones</b> .....	137
Raúl Ramírez Ruiz	
<b>6. Hacia el otro lado del planeta. Relaciones entre el mundo iberoamericano y Asia Central</b> .....	161
Alberto Martín Torres	
<b>Bibliografía</b> .....	185
<b>Autores</b> .....	203



## Asia Central: el corazón del mundo en disputa en la era de las globalizaciones

RAÚL RAMÍREZ RUIZ

### Del siglo de la globalización al de las globalizaciones

«Un milenio de globalizaciones en el Asia Central», el propio título de la obra propuesta sitúa al lector ante dos categorías fundamentales para la comprensión histórica: el tiempo y la geografía. En relación con la dimensión temporal, la propuesta remite de manera implícita a la clásica tipología elaborada por la Escuela de los *Annales*, que distingue entre diferentes escalas de tiempo histórico. La referencia a un «milenio de globalizaciones» conecta directamente con la *longue durée*, es decir, con un tiempo histórico lento, de carácter estructural y profundamente vinculado al espacio geográfico, en el que los cambios son graduales y apenas perceptibles. Sin embargo, el uso del concepto de globalización, especialmente desde los parámetros contemporáneos, remite inevitablemente al plano de la *histoire événementielle*, el nivel temporal más corto, dominado por los acontecimientos políticos, las coyunturas inmediatas y las dinámicas visibles de la vida social. Pero para comprender adecuadamente los fenómenos que se desarrollan en el espacio de Asia Central resulta imprescindible incorporar el nivel intermedio del análisis histórico: las *conjunctures* o ciclos de media duración, que rara vez superan un siglo. Pues, desde esta perspectiva, el propio concepto contemporáneo de Asia Central no puede entenderse sin atender a la experiencia histórica de la Unión Soviética, que debe ser interpretada como una coyuntura específica dentro de la historia de Rusia, cuyos efectos estructurales siguen condicionando las dinámicas políticas, identitarias y geopolíticas de la región (Braudel, 1976).

En segundo lugar, la propuesta se articula en torno a una categoría geográfica concreta: Asia Central. En este punto resulta pertinente recordar la afirmación de Robert D. Kaplan (2017: 59) según la cual la geografía constituye el telón de fondo permanente de la historia humana. Desde esta óptica, y en consonancia con una concepción influida por el pensamiento del profesor Zhu Zhenghui, de la East China Normal University (Shanghái), debemos tomar en consideración

que la historia no avanza de manera lineal, sino en forma de espiral, condicionada tanto por la geografía como por la acumulación de experiencias históricas previas. Cada comunidad política actúa sobre la base de su memoria histórica, pues «todas las generaciones conocen lo ocurrido en el pasado y procuran, en la medida de lo posible, no repetir los mismos errores» (Ramírez Ruiz, 2016a).

Este enfoque resulta especialmente relevante al analizar Asia Central como una frontera difusa entre cosmovisiones orientales y occidentales en el siglo de la(s) globalización(es). Para ello es necesario remontarse al final del siglo xx, cuando el colapso del mundo socialista puso fin a la división surgida tras la Segunda Guerra Mundial. Aquel momento histórico, independientemente de las valoraciones posteriores, estuvo acompañado de un clima generalizado de optimismo y de la expectativa de una globalización portadora de progreso, prosperidad y paz para el conjunto de la humanidad.

El final del siglo xx terminará siendo conocido historiográficamente como «los felices noventa». Con el fin de la Guerra Fría y la expansión del modelo liberal democrático y el fin de los regímenes autoritarios, cuando no directamente dictatoriales, del socialismo real, el optimismo se apoderó del mundo. En paralelo se produjo un proceso de globalización, que trajo una prosperidad generalizada, que iba mucho más allá de lo meramente económico, sino que significaba «la interdependencia creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones de bienes y servicios de los flujos internacionales de los capitales, y de la dimensión generalizada y acelerada de las tecnologías, los intercambios económicos, políticos, tecnológicos, sociales y culturales».<sup>1</sup> Este contexto condujo a una percepción ampliamente extendida según la cual la geografía, junto con los condicionantes étnicos, religiosos y económicos que históricamente la acompañaban, había dejado de ser un factor determinante de la política y los conflictos internacionales. Fue en ese clima intelectual cuando emergió la conocida tesis del «fin de la historia» formulada por Francis Fukuyama (1992), que interpretaba la expansión global de la democracia liberal, basada en la división de poderes, la economía de mercado y los derechos humanos como fundamento moral universal, como la culminación del proceso de evolución sociopolítica de la humanidad.

No obstante, el avance del siglo xxi puso de manifiesto una realidad muy distinta. Lejos de desaparecer, los conflictos de carácter nacionalista, identitario, sectario y étnico se intensificaron en múltiples regiones del mundo. En palabras de Robert D. Kaplan (2017: 60), este proceso supuso un retorno a los principios más elementa-

<sup>1</sup> Fondo Monetario Internacional, «La globalización: ¿amenaza u oportunidad?», <<https://www.imf.org/external/np/exr/ib/2000/esl/041200s.htm#II>> [Consultado el 27 de enero de 2026].

les de la organización humana, donde las dinámicas de poder, la competencia entre Estados y la lucha por la supervivencia reaparecieron condicionadas, una vez más, por los límites impuestos por la geografía. La expectativa de un progreso lineal y constante fue sustituida por un escenario marcado por la persistencia del conflicto y la rivalidad estratégica.

Ante la evidencia empírica que cuestionaba su planteamiento inicial, el propio Fukuyama ofreció una serie de matizaciones a su tesis. En primer lugar, subrayó que el término «fin» debía entenderse en un sentido hegeliano-marxista, no como una clausura definitiva de la historia, sino como una «meta», es decir, un horizonte de desarrollo y modernización hacia el que tenderían las sociedades humanas. En segundo lugar, reconoció la aparición de dos obstáculos que no habían sido plenamente anticipados: por un lado, la dificultad de consolidar Estados modernos, impersonales y eficaces; por otro, la posibilidad de que las democracias liberales experimentaran procesos de estancamiento o incluso de regresión. Finalmente, Fukuyama (2019: 14-15) insistió en que su tesis nunca pretendió anunciar la desaparición del nacionalismo ni de la religión como fuerzas relevantes en la política mundial, fenómenos cuya persistencia se ha revelado como estructural en el sistema internacional contemporáneo.

Lo que Fukuyama apenas llega a admitir en sus posteriores aclaraciones es que el progresivo debilitamiento de su tesis contribuyó, de manera indirecta, a reforzar el planteamiento desarrollado por su antiguo mentor en torno al denominado «choque de civilizaciones». Samuel P. Huntington se había convertido en una de las figuras intelectuales más polémicas de las primeras décadas del siglo XXI al sostener que la globalización no conduciría a la disolución de las fronteras ni a la convergencia política y cultural, sino a una intensificación de las tensiones entre el mundo occidental y otras grandes tradiciones civilizatorias, en particular las islámicas y asiáticas. El núcleo de su argumento reside en la afirmación de que las principales fuentes de conflicto del orden internacional emergente no serían de naturaleza esencialmente ideológica o económica, como había ocurrido durante la Guerra Fría, sino cultural e identitaria. En este marco, los Estados nación continuarían siendo los actores centrales del sistema internacional; sin embargo, las líneas de fractura más significativas de la política global se producirían entre Estados o agrupaciones de Estados pertenecientes a «civilizaciones» distintas. Desde esta perspectiva, el enfrentamiento entre civilizaciones constituiría una nueva fase en la evolución histórica del conflicto en el mundo contemporáneo (Kaplan, 2019: 235).

Las intensas críticas formuladas contra la teoría del choque de civilizaciones de Huntington no han logrado desmentir un hecho empíricamente observable: la creciente centralidad de la identidad como eje estructurador, tanto de las políti-

cas internas como de las relaciones internacionales, de los Estados. Como señaló acertadamente Francis Fukuyama (2019: 137), «en todo el espectro ideológico, la política de la identidad es la lente a través de la cual hoy se interpretan casi todos los problemas sociales». Esta afirmación encuentra una clara confirmación en el ámbito internacional, donde numerosos conflictos entre Estados y actores colectivos se legitiman crecientemente en función de diferencias identitarias, culturales o civilizatorias, no ideológicas, ni de modelo socio económico.

Esta dinámica resulta especialmente visible a medida que avanza el siglo XXI, en un contexto en el que se ha producido una transición conceptual significativa: de concebir este periodo como el siglo de la globalización a entenderlo como el de las globalizaciones. Se abandona así la noción clásica de un proceso único, lineal y homogéneo, para adoptar un enfoque que interpreta la globalización como un conjunto de procesos simultáneos, superpuestos y, en ocasiones, contradictorios, capaces de reconfigurar profundamente el espacio, el poder y la soberanía a escala mundial.

Esta nueva interpretación del fenómeno globalizador ha generado transformaciones sustantivas en diversas dimensiones. En primer lugar, implica una reconfiguración del espacio geográfico, no su desaparición. Las fronteras no se diluyen, sino que se reinterpretan, volviéndose más porosas para determinados flujos —capitales, información, infraestructuras— y más rígidas para otros. De forma paralela, la soberanía estatal no se extingue, sino que se transforma en una soberanía funcional y selectiva, ejercida en un entorno global carente de una autoridad política efectiva. Las instituciones internacionales surgidas tras 1945 continúan existiendo, pero muestran crecientes déficits de legitimidad y capacidad de acción, mientras emergen nuevos mecanismos de gobernanza global y regional, como los BRICS, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) o el G20.

En el plano económico, el sistema ha evolucionado desde la idea de un mercado global integrado hacia la conformación de bloques interdependientes y parcialmente autónomos. La globalización económica ya no se caracteriza por una apertura irrestricta, sino por una interdependencia gestionada estratégicamente. Las cadenas globales de valor se fragmentan y reorganizan en torno a sistemas monetarios, tecnológicos e industriales en competencia, reforzando dinámicas de regionalización económica.

En el ámbito tecnológico, esta tendencia se manifiesta en la consolidación de una globalización digital fragmentada. Lejos de un espacio digital plenamente integrado, se desarrollan ecosistemas tecnológicos rivales, definidos por la afirmación de soberanías digitales, la competencia por estándares y la emergencia de auténticas fronteras algorítmicas.

Finalmente, en el terreno cultural, fundamental para la construcción de la identidad, se ha quebrado la expectativa de una progresiva homogeneización asociada a la occidentalización. En su lugar, se observa un proceso de hibridación cultural acompañado por el refuerzo de identidades colectivas, la reafirmación de civilizaciones y la revalorización de identidades locales. Los conflictos narrativos en torno a valores, historia y legitimidad adquieren así una importancia central, otorgando un papel creciente al *soft power*, a la competencia cultural y a la diplomacia narrativa como instrumentos clave de poder en el sistema internacional contemporáneo.

Esta evolución histórica enterró definitivamente el optimismo finisecular, moviendo a las sociedades hacia el pesimismo, o si no queremos ser tan duros, hacia el «realismo». Ello ha producido la revalorización de figuras como John Mearsheimer que a través de su obra «The tragedy of the Great Power Politics» (2001) ha alcanzado un prestigio similar al de los dos autores previamente señalados. Mearsheimer es el gran divulgador del enfoque realista en las relaciones internacionales, esta teoría parte del reconocimiento de los condicionantes estructurales más persistentes y restrictivos del sistema internacional, entre los cuales la geografía ocupa un lugar central (Mackinder, 1942: 15-16). Desde esta perspectiva, el realismo adopta una posición deliberadamente amoral, en la medida en que prioriza los intereses de poder y seguridad por encima de consideraciones normativas o valorativas. Su principal aportación consiste en describir no cómo deberían comportarse los Estados, sino cómo efectivamente actúan en la práctica, más allá de la retórica idealista que suele acompañar sus discursos oficiales.

Esta corriente teórica rechaza la posibilidad de una paz perpetua, dado que el carácter anárquico del sistema internacional genera una condición estructural de inseguridad permanente, independientemente de las intenciones o comportamientos individuales de los Estados. En este contexto, John J. Mearsheimer se inscribe en la variante conocida como «realismo ofensivo», la cual cuestiona la existencia de grandes potencias satisfechas con el statu quo. Por el contrario, sostiene que todas las potencias mayores tienden de forma constante a maximizar su poder relativo, aun cuando enfrenten limitaciones materiales o estratégicas que restrinjan su capacidad de expansión territorial o de influencia (Kaplan, 2017: 241-253).

### **Asia: una expresión geográfica inmensa y redefinida**

A la luz de lo expuesto anteriormente, resulta necesario definir con mayor precisión qué entendemos por Asia Central y explicar las razones de su relevancia cardinal en el contexto contemporáneo. En trabajos previos hemos reflexionado tanto sobre el

propio concepto de Asia como sobre la aplicación deficiente del modelo de soberanía westfaliano en buena parte de los Estados asiáticos, lo que condiciona profundamente la comprensión de sus dinámicas políticas y territoriales (Kissinger, 2021: 15).

Desde esta perspectiva, y parafraseando la conocida afirmación atribuida a Otto von Bismarck, puede sostenerse que Asia no es sino «una expresión geográfica». Una de las características fundamentales del continente asiático es, precisamente, su extraordinaria multiplicidad interna. El término «Asia» tiende a proyectar una coherencia artificial sobre un espacio marcado por una diversidad extrema. No resulta casual que, hasta la irrupción de las potencias europeas, ninguna lengua asiática dispusiera de un concepto equivalente para designar el conjunto del continente (Bowring, 1987: 1-4).

Asia constituye un espacio geográfico de dimensiones colosales, en el que resulta particularmente complejo establecer delimitaciones claras entre regiones, culturas y civilizaciones. Esta geografía ha dado lugar, a lo largo del tiempo, a distintas configuraciones geo-históricas y culturales, posteriormente transformadas y acentuadas por las diversas experiencias coloniales. En términos analíticos, el continente asiático puede estructurarse en cinco grandes áreas geo-históricas: Asia Oriental —o Extremo Oriente—, integrada por China, Mongolia, las dos Coreas y Japón; Asia Meridional, articulada en torno a la India y su entorno regional; Asia Sudoriental, caracterizada por una notable heterogeneidad étnica, cultural y colonial; Asia Central, históricamente vinculada al espacio ruso-soviético; y Asia Sudoccidental, que comprende los países árabes y los Estados islámicos no-árabes del Próximo y Medio Oriente (Ramírez Ruiz et al., 2017: 16-17).

La simple enumeración de estos cinco grandes bloques geográficos, culturales e históricos refuerza la afirmación inicial de que Asia constituye, ante todo, una categoría geográfica más que una unidad civilizatoria coherente. Desde este punto de vista, cabe distinguir entre un «Asia geográfica», que abarca el continente tal como aparece representado en los mapas (desde los Urales hasta el Pacífico y desde el Ártico hasta el Índico y el archipiélago indonesio); un «Asia cultural», que excluiría a las naciones europeas situadas en Asia, como Rusia, Armenia o Georgia; y, finalmente, una «Asia esencial», que restringiría Asia a aquellas civilizaciones y sociedades desarrolladas al margen del mundo mediterráneo, incluyendo fundamentalmente las áreas de difusión de las tradiciones confuciano-budista e indostánica (Ramírez Ruiz et al., 2025).

En este vasto espacio geográfico, las fronteras entre los distintos bloques civilizatorios, así como entre los Estados que los componen, no pueden ser entendidas como simples líneas cartográficas. Aunque convencionalmente se define la frontera como una línea trazada sobre un mapa, esta concepción resulta insuficiente para

explicar la complejidad del caso asiático. Esta constatación se hizo especialmente evidente durante el proceso de investigación que dio lugar a la obra *Historia de Asia Actual y Contemporánea* (Universitas, 2017), cuyo objetivo era analizar la historia, la cultura y la actualidad del continente a partir del estudio de las grandes potencias asiáticas (China, Japón e India) y del Sudeste Asiático como conjunto equiparable. Pronto se advirtió, sin embargo, que ciertos países y regiones quedaban fuera de este marco analítico, planteando interrogantes difíciles de resolver.

Fue entonces cuando surgió la idea de abordar el estudio de «las fronteras de Asia», no como líneas sobre el mapa, sino como extensas regiones, al margen de los grandes núcleos de poder político y civilizatoria asiáticos, permanentemente disputadas. De este modo, se fue imponiendo la idea de que las fronteras asiáticas no debían entenderse como líneas precisas, sino como amplias zonas de transición, verdaderos espacios intermedios entre los grandes Estados-civilización asiáticos o entre estos y Occidente.

En consecuencia, las fronteras de Asia pueden definirse como extensas áreas de soberanía total o parcialmente contestada a lo largo de la historia, incluso en aquellos casos en los que los territorios implicados se configuran formalmente como Estados plenamente soberanos. Esta realidad responde a una combinación de factores estructurales. En primer lugar, la propia configuración física del continente ha generado regiones escasamente pobladas y de delimitación imprecisa, como el Himalaya, los grandes desiertos del interior o ciertos espacios marítimos de difícil control, lo que ha dificultado históricamente la fijación de fronteras estables (Ramírez Ruiz, 2025).

En segundo término, debe considerarse la aplicación incompleta y a menudo disfuncional del concepto occidental de soberanía, basado en el modelo westfaliano de Estados formalmente iguales e independientes. Este modelo contrastó con las formas tradicionales de organización política en Asia, caracterizadas por sistemas jerárquicos y tributarios que, pese a su desigualdad, permitían una mayor flexibilidad en las relaciones de poder (Ramírez Ruiz y Pinto, 2024).

A ello se suma, en tercer lugar, la intervención europea y colonial, que alteró las fronteras entre entidades políticas históricas o impuso delimitaciones administrativas conforme a intereses imperiales, ignorando con frecuencia las identidades culturales, sociales y étnicas de las poblaciones locales.

Un cuarto factor lo constituye el ascenso de las grandes potencias asiáticas contemporáneas, que combinan una firme defensa de la soberanía westfaliana con el recurso selectivo a argumentos históricos derivados del antiguo sistema tributario cuando estos refuerzan sus posiciones estratégicas. Esta coexistencia de marcos normativos obedece, en última instancia, a una lógica de poder.

Finalmente, la evolución del proceso de globalización ha introducido nuevas formas de legitimación política. La creciente centralidad del concepto de «identidad» ha reforzado las reivindicaciones territoriales y políticas de los Estados asiáticos, debilitando el *status quo* heredado del orden internacional de inspiración occidental. En este contexto, las fronteras asiáticas se configuran no solo como delimitaciones geográficas, sino como espacios simbólicos de disputa histórica, cultural y política.

A partir de este marco analítico, y sobre la base de diversos trabajos publicados, se ha llegado a la conclusión de que estos grandes espacios fronterizos pueden agruparse en varias categorías principales: las fronteras entre China e India, que incluyen regiones conflictivas como el Tíbet, Xinjiang, Cachemira y el Noreste indio, así como los Estados tampón himalayos de Nepal y Bután; las fronteras de la India (y China) entendiendo como tales a Pakistán, Bangladesh y Sri Lanka; las fronteras entre China y Japón, conformadas por las dos Coreas y Taiwán; las fronteras entre China y el Sudeste Asiático, el Mar de China Meridional; y, finalmente, las fronteras entre China y Rusia, Mongolia (Ramírez Ruiz, 2024).

### Asia Central: el *Heartland* en disputa

Al definir las fronteras anteriormente descritas, en realidad nos estábamos refiriendo a los espacios de transición entre lo que hemos denominado «Asia Esencial» y los mundos islámico y europeo. Desde esta perspectiva, Asia Central puede entenderse también como una vasta zona intermedia entre el mundo chino y Rusia (junto con Mongolia y Xinjiang) y, de manera simultánea, entre el mundo islámico y Rusia. En este sentido, cabría interpretar Asia Central como «las fronteras de Rusia». Sin embargo, una lectura de este tipo resulta insuficiente para captar la complejidad histórica y cultural de la región.

El Asia Central exsoviética constituye, en realidad, un espacio con identidad propia, conformado por las repúblicas conocidas como los «-stán» o «-istanes»: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Se trata de un mundo históricamente habitado, mayoritariamente, por pueblos nómadas de lenguas túrquicas, junto a poblaciones sedentarias de lengua persa concentradas en los escasos núcleos urbanos de la región. Este conjunto configura un bloque civilizatorio específico que, al igual que otros grandes espacios asiáticos, presenta sus propias fronteras de transición. En este caso, Xinjiang desempeña ese papel frente a China, mientras que Afganistán lo hace respecto al mundo indostánico. Con Rusia, en cambio, no se desarrolló un espacio de transición comparable, debido a la integra-

ción prolongada de Asia Central en el Imperio ruso y posteriormente en la Unión Soviética, lo que dejó como legado amplias regiones del norte de Kazajistán con población rusa, así como élites urbanas eslavas o profundamente rusificadas en las principales ciudades de todas las repúblicas centroasiáticas.

Más allá de su configuración regional, las estepas de Asia Central han desempeñado históricamente un papel fundamental en las dinámicas globales.<sup>2</sup> El denominado «Renacimiento» europeo y la posterior «Era de los grandes descubrimientos marítimos», que dieron lugar a la primera globalización transoceánica, estuvieron precedidos por la llamada *Pax Mongolica*. Surgida a partir de las conquistas de Gengis Kan, esta etapa facilitó la integración comercial de vastos espacios a larga distancia a lo largo de la Ruta de la Seda, conectando China con Siria e incluso con Europa oriental. Un segundo momento de alcance global estuvo protagonizado por Tamerlán (1336-1405), quien construyó un nuevo imperio con centro en Samarcanda que se extendía desde la India hasta Anatolia. Tras la fragmentación del imperio timúrida, este sobrevivió transformado en el Imperio mogol en el subcontinente indio hasta 1858, mientras que el núcleo centroasiático fue progresivamente absorbido por otro poder continental emergente: el Imperio ruso, cuya expansión desde el siglo XVI sería continuada de forma natural por la Unión Soviética.

La centralidad histórica de este espacio fue identificada de forma sistemática por primera vez por el geógrafo británico Halford Mackinder (1861-1947), autor de la teoría del *Heartland* o «pivote geográfico de la historia». Mackinder presentó esta idea en su influyente artículo *The Geographical Pivot of History* (1904), publicado en *The Geographical Journal*, donde sostuvo que el control de la zona central de Eurasia constituía la clave para el dominio global. Esta tesis quedó sintetizada en su conocida formulación: «Quien gobierne Europa del Este dominará el Heartland; quien gobierne el Heartland dominará la Isla-Mundo; quien gobierne la Isla-Mundo dominará el mundo». Como representante intelectual del poder imperial británico, un imperio naval, la preocupación de Mackinder residía en evitar que una potencia terrestre lograra controlar Eurasia en su conjunto y, con ello, pusiera en peligro la primacía de las potencias marítimas. Para ello definió el *Heartland* como el núcleo continental de Eurasia: una vasta región interior caracterizada por su alejamiento de los mares, su gran profundidad estratégica, la abundancia de recursos naturales y su capacidad para sostener poder terrestre a largo plazo (Kaplan, 2017: 203-241).

La localización exacta de este *Heartland* presentaba contornos imprecisos, pero se correspondía de manera aproximada con la Rusia europea, incluyendo de forma ambigua el Este de Europa adyacente, Siberia occidental y Asia Central; es decir,

<sup>2</sup> De hecho, es cierto que el control de esa parte del mundo ha mostrado el equilibrio de poder global, siempre en contraposición con un poder marítimo (Spykman, 1944: 17-21).

el espacio ruso-centroasiático en sentido amplio. Europa oriental aparecía, en esta concepción, como la principal puerta de acceso al *Heartland*, considerado el núcleo de poder de la denominada Isla-Mundo (Eurasia más África), la mayor concentración de territorio, población y recursos del planeta. De ahí que, y en ello radica la vigencia contemporánea de su planteamiento, Mackinder identificara como principal riesgo estratégico la posibilidad de que Alemania (que hoy equivaldría a la Unión Europea), Rusia, o una alianza entre ambas, llegaran a controlar ese espacio central (Ramírez Ruiz, 2026b).

### **La competencia de proyectos globalizadores (y de dominio) para Asia Central en el siglo XXI**

El colapso de la URSS abrió el periodo de la historia en el que ahora nos encontramos. El vacío del poder ha desatado la competencia por controlar el territorio centroasiático de las tres grandes potencias del siglo XXI. Estados Unidos intentó controlar el área desde finales de los noventa; China con su enorme poder emergente avanzó sobre este territorio convirtiéndolo en pieza fundamental de su «Nueva Ruta de la Seda» y Rusia nunca, ni aún en los momentos de mayor debilidad, pensó en renunciar a su influencia en el área.

Cada una de esas potencias plantearon una propuesta político-económica que le permitiera, si no dominar, influir y evitar que sus rivales sistémicos pudieran hacerse con un control exclusivo de la región. EE. UU. a través del prestigio obtenido con el colapso del «socialismo real» y de todos los recursos que le dio la «primera globalización» de los años noventa y primera década del siglo XXI; Rusia, negándose a retirarse y, tras los duros años noventa, lanzando la Unión Euroasiática y propuestas ideológicas que legitimaran su asociación con las ex repúblicas soviéticas; y China con la *Belt and Road Initiative*, y una narrativa «euroasiática» que la convirtiera en necesaria para el desarrollo del área (Ramírez Ruiz y Ramos Rovi, 2023).

Finalmente, esta dinámica ha terminado, al más puro estilo de lo predicho por Mackinder, al generar una dinámica de enfrentamiento entre las dos potencias continentales alineadas en un proyecto conjunto frente a la potencia naval, es decir, en la competencia directa entre la Organización de Cooperación de Shanghái y Estados Unidos.

## EE. UU.: liberalización y la globalización

Tras el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos identificó una oportunidad estratégica para proyectar su influencia en el espacio de Asia Central. Desde 1991, Washington estableció con las repúblicas exsoviéticas de la región una combinación de acuerdos bilaterales tempranos en materia de comercio e inversión, junto con mecanismos de cooperación multilateral. Estos vínculos adquirieron una dimensión particularmente relevante en el ámbito militar, especialmente con Uzbekistán, Kazajistán y Kirguistán. Dicha cooperación incluyó programas de formación y entrenamiento de fuerzas armadas locales, así como marcos institucionales de colaboración vinculados al Programa de Asociación para la Paz de la OTAN.<sup>3</sup>

La cooperación militar se intensificó de manera decisiva tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, cuando Estados Unidos lanzó la Operación Libertad Duradera contra los talibanes y Al-Qaeda en Afganistán. En ese contexto, la potencia marítima dominante del sistema internacional intervino directamente en el espacio centroasiático sin encontrar una oposición efectiva, consolidando una presencia militar que llegó incluso a extenderse hasta Mongolia. Asia Central se convirtió así en un componente esencial del dispositivo estratégico estadounidense en la guerra contra el terrorismo (Kaplan, 2007: 107-148).

Como parte del despliegue logístico y operativo hacia Afganistán, Washington negoció acuerdos con varios Estados de la región. Uzbekistán autorizó desde octubre de 2001 el uso del aeródromo de Karshi-Khanabad, conocido también como *K2* o *Camp Stronghold Freedom*, donde se estableció un contingente estadounidense y aliado que alcanzó aproximadamente los siete mil efectivos. Esta instalación desempeñó un papel clave en tareas de transporte, reabastecimiento, apoyo logístico y en las fases iniciales de las operaciones militares contra los talibanes y Al-Qaeda. De manera paralela, Kirguistán permitió el uso de la base aérea de Manas, próxima a Bishkek, que se transformó en un centro fundamental de tránsito, reabastecimiento aéreo y apoyo logístico para las fuerzas estadounidenses y de la coalición internacional.<sup>4</sup>

Estas bases resultaron esenciales para sostener las operaciones aéreas y el flujo continuo de tropas y suministros hacia Afganistán durante los primeros años del conflicto. Sin embargo, la presencia militar estadounidense en Asia Central tuvo

<sup>3</sup> Kaiser, Robert G., «U.S. Plants Footprint in Shaky Central Asia», *The Washington Post*, 26 de agosto de 2002, <<https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2002/08/27/us-plants-footprint-in-shaky-central-asia/7525f98e-9bb3-49c0-945d-d21cd32999e8/>>. [Consultado el 23 de enero de 2026].

<sup>4</sup> Coffey, Luke, «After the Fall of Afghanistan, the U.S. Must Re-Engage with Central Asia», *The Heritage Foundation*, 24 de septiembre de 2021, <<https://www.heritage.org/asia/report/after-the-fall-afghanistan-the-us-must-re-engage-central-asia/>>.

un carácter limitado en el tiempo. La base de Karshi-Khanabad fue clausurada en 2005 tras el deterioro de las relaciones entre Washington y Taskent, motivado en gran medida por la represión del levantamiento de Andiján, en el valle de Ferganá, cuya responsabilidad el gobierno uzbeko atribuyó al Movimiento Islámico de Uzbekistán (Peyrouse, 2006). Por su parte, la base de Manas continuó operativa hasta 2014, cuando las autoridades kirguisas, bajo una fuerte presión rusa el año de la ocupación de Crimea, decidieron no renovar el acuerdo de uso estadounidense.

Tras el cierre de estas instalaciones, Estados Unidos dejó de mantener bases militares permanentes en Asia Central, aunque continuó desarrollando relaciones de cooperación en materia de seguridad con varios países de la región, fundamentalmente en el ámbito de la lucha antiterrorista y la estabilidad regional.<sup>5</sup>

No obstante, los norteamericanos, plenamente conscientes de la importancia estratégica de Asia Central en el contexto de lo que Robert D. Kaplan ha descrito como «el retorno del Mundo de Marco Polo» (Kaplan, 2019: 17-70), trataron de preservar y redefinir sus vínculos con las repúblicas exsoviéticas. Este esfuerzo condujo a la institucionalización y refuerzo del diálogo político mediante la creación del formato C5+1 en 2015.

El C5+1 constituye una iniciativa diplomática multilateral que reúne a Estados Unidos y a los cinco Estados de Asia Central —Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán—, y funciona como una plataforma destinada a equilibrar la influencia de Rusia y China en la región. En su seno se abordan cuestiones relacionadas con la seguridad regional y fronteriza, el desarrollo económico y la sostenibilidad medioambiental. En 2022 se estableció un Secretariado del C5+1 y se definieron grupos de trabajo sectoriales con el objetivo de dotar de continuidad técnica a los compromisos asumidos. En 2025, coincidiendo con el décimo aniversario de la iniciativa, se celebró en Washington una cumbre de líderes, acompañada de una declaración conjunta que subrayó prioridades vinculadas a la conectividad y la cooperación económica.<sup>6</sup>

En este marco se han alcanzado acuerdos en ámbitos como el comercio, la inversión corporativa y el acceso a recursos estratégicos, incluidos sectores como la industria aeronáutica, los minerales críticos y las tecnologías emergentes. La relación entre Estados Unidos y Asia Central se ha desarrollado de manera gradual, multifacética y estratégica, con un énfasis creciente en la diversificación de inversiones,

<sup>5</sup> Beehner, Lionel, «ASIA: U.S. Military Bases in Central Asia», Council on Foreign Relations, 26 de julio de 2005, <<https://www.cfr.org/backgrounders/asia-us-military-bases-central-asia/>>.

<sup>6</sup> Office of the Spokesperson, «Joint Statement of Intent on Economic Cooperation», Media Note, 7 de noviembre de 2025, <<https://www.state.gov/releases/2025/11/joint-statement-of-intent-on-economic-cooperation/>> [Consultado el 23 de enero de 2026].

el aseguramiento de recursos y la cooperación diplomática y de seguridad regional. Para Washington, el C5+1 se ha consolidado, así como una plataforma clave en Eurasia para mantener presencia, capacidad de observación y margen de maniobra frente al papel de Rusia y China en el corazón del continente euroasiático.<sup>7</sup>

### Rusia: la Unión Euroasiática y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva

Frente al vacío de poder generado por la desintegración de la Unión Soviética, Rusia no adoptó una postura pasiva. Aunque gravemente debilitada tras el colapso, no podía renunciar a mantener Asia central en su esfera de influencia. Desde el propio Tratado de Belavezha (1991), que dio origen a la Comunidad de Estados Independientes (CEI), Rusia ha impulsado de manera sistemática la creación de estructuras supranacionales destinadas a recentralizar el espacio postsoviético bajo su liderazgo (Cimorra, 2021: 449-524). Entre las iniciativas más relevantes destacan la Unión Económica Euroasiática y el Tratado de Seguridad Colectiva (OTS), a las que se hará referencia más adelante.

Sin embargo, para dotarse de una legitimidad renovada que le permitiera encabezar estos proyectos de rearticulación regional, Rusia requería una fundamentación ideológica coherente y atractiva. En este contexto emergió con fuerza el eurasianismo (o euroasianismo), que se ha consolidado como una de las corrientes intelectuales y geopolíticas más influyentes en la configuración del pensamiento estratégico ruso contemporáneo. El eurasianismo tuvo su origen en el seno de la emigración intelectual rusa de entreguerras, donde destacaron figuras como Nikolái Trubetskói y Piotr Savitski. Tras el colapso de la URSS, esta tradición fue reformulada y revitalizada como una doctrina orientada a legitimar tanto la singularidad del espacio geopolítico ruso como su proyección de poder en Eurasia, con especial énfasis en Asia Central.

En el contexto postsoviético, el eurasianismo fue reelaborado de manera sistemática por Aleksandr Dugin, dando lugar a lo que se conoce como neo-eurasianismo o cuarta teoría política. Esta propuesta combina elementos geopolíticos, civilizatorios y filosóficos para articular una alternativa al orden internacional liberal dominado por Occidente (Máiz, 2023). En su obra *The Fourth Political Theory*, Dugin (2015) sostiene que las tres grandes ideologías del siglo xx, liberalismo, mar-

<sup>7</sup> U.S.-Central Asian TIFA (Kazakhstan, Kyrgyzstan, Tajikistan, Turkmenistan, and Uzbekistan), *U.S. Trade Representative*, <<https://ustr.gov/trade-agreements/trade-investment-framework-agreements/us-central-asian-tifa-kazakhstan-kyrgyzstan-t>> [Consultado el 23 de enero de 2026].

xismo y fascismo, han agotado su capacidad explicativa y normativa, y propone un nuevo marco centrado en la identidad colectiva de los pueblos como eje de la acción política, en oposición al universalismo liberal.

Desde el punto de vista geopolítico, el neoeurasianismo duginiano se apoya en una lectura clásica de la rivalidad entre potencias marítimas y potencias terrestres, inspirada en autores como Halford Mackinder, Carl Schmitt y Karl Haushofer. En este esquema, Estados Unidos y el mundo atlántico representarían las talasocracias, mientras que Rusia encarnaría la telurocracia central del Heartland eurasiático, llamado a liderar un bloque continental capaz de contrarrestar la hegemonía occidental.

En términos generales, la teoría eurasiática defendida en el discurso estratégico ruso concibe el espacio comprendido entre Europa oriental, el Cáucaso, Siberia y Asia Central como una unidad histórica, cultural y estratégica diferenciada, ajena tanto a Europa occidental como al mundo atlántico. Desde esta perspectiva, Rusia no sería una potencia europea ni asiática, sino una civilización autónoma, destinada a organizar un orden regional alternativo (Shekhovtsov, 2008).

Dentro de esta visión, Asia Central ocupa una posición central. Para el eurasianismo duginiano, las repúblicas centroasiáticas no constituyen periferias post-coloniales, sino componentes orgánicos del espacio euroasiático. Históricamente integradas en grandes imperios continentales (mongol, ruso y soviético), estas regiones conformarían el «cinturón interior» del Heartland, clave para la profundidad estratégica, el control de rutas terrestres, el acceso a recursos energéticos y la estabilidad del núcleo ruso. En esta lógica, la disolución de la URSS es interpretada no como un simple cambio histórico, sino como una ruptura traumática de un espacio continental unitario que debería haber evolucionado hacia formas de integración más profundas (Shlapentokh, 2007).

No obstante, es necesario matizar la relación entre el neo-eurasianismo ideológico y la práctica política del Estado ruso. La ideología euroasiática no está formalmente codificada en los documentos oficiales ni constituye una doctrina explícita del Estado que, simplemente, aplica políticas pragmáticas de integración regional, guiadas fundamentalmente por intereses geoeconómicos y de seguridad (Kunz Saponaro, 2025).

Y en consecuencia con esos intereses propios Rusia ha creado la Unión Económica Euroasiática. En 1994, el presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbáyev, propuso por primera vez la idea de una «Unión Euroasiática» en un discurso en la Universidad Estatal de Moscú. En 1995 se firma del Tratado de Unión Aduanera entre Bielorrusia, Kazajistán y Rusia; en 2000 se creó la Comunidad Económica Euroasiática con Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán; en 2010 se

lanzó la Unión Aduanera entre Bielorrusia, Kazajistán y Rusia y en 2012 entró en vigor del Espacio Económico Común. Estos pasos prepararon el terreno para una unión más profunda, que culminó el 1 de enero de 2015 con el nacimiento oficial de la Unión Económica Euroasiática en Astana (Kazajistán).

La Unión Económica Euroasiática (UEE) es una organización de integración regional liderada por Rusia, cuyo objetivo es construir un espacio económico integrado entre Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Armenia y Kirguistán. Tayikistán es observador informal.<sup>8</sup>

La Unión Económica Euroasiática (UEE) es, a efectos prácticos una Unión aduanera (arancel externo común), un Mercado común parcial (bienes, trabajo, capitales con límites) y marco regulatorio común en sectores clave (energía, transporte). Con ello Rusia puede mantener un cierto control político, militar y económico sobre su entorno inmediato; dificulta la intrusión en ese espacio de los rivales sistémicos como (EE. UU., UE, China); y, al mismo tiempo crea para Rusia una plataforma de negociación externa.

La Unión Económica Euroasiática (UEE) se organiza mediante un conjunto de órganos de gobernanza interdependientes que combinan decisiones intergubernamentales y funciones reguladoras supranacionales. El órgano político supremo de la Unión es el Consejo Económico Supremo Euroasiático, integrado por los jefes de Estado de los países miembros. Este Consejo define las orientaciones estratégicas generales, determina las prioridades de integración, aprueba el presupuesto y la contribución de los Estados, y adopta decisiones fundamentales relativas al desarrollo de la UEE.

Por debajo del Consejo Supremo se sitúa el Consejo Intergubernamental Euroasiático, compuesto por los primeros ministros o jefes de gobierno de los Estados miembros. Este órgano se encarga de coordinar la aplicación y ejecución práctica de las decisiones del Consejo Supremo y del Tratado constitutivo. Las reuniones del Consejo Intergubernamental suelen celebrarse de forma regular, al menos dos veces al año, y también funcionan por consenso.

La Comisión Económica Euroasiática (CEE) es el órgano regulador permanente de la Unión y ejerce las funciones ejecutivas y administrativas cotidianas. Con sede en Moscú, la CEE está estructurada en dos niveles principales: el Consejo de la Comisión, integrado por viceprimeros ministros de cada Estado miembro, que define la orientación política interna; y el Colegio o Junta de la Comisión, conformado por comisarios designados por los Estados, que supervisa áreas específicas como

<sup>8</sup> «Comisión Económica Euroasiática, Integración Económica Euroasiática (PDF institucional)», <[https://eec.eaeunion.org/upload/iblock/bb2/Integraci\\_n-Econ\\_mica-Euroasi\\_tica.pdf/](https://eec.eaeunion.org/upload/iblock/bb2/Integraci_n-Econ_mica-Euroasi_tica.pdf/)> [Consultado el 23de enero de 2026]

comercio exterior, política aduanera, competencia, regulación técnica, energía, transporte y política industrial.

Dentro de la estructura de la UEE existe también un órgano judicial independiente, el Tribunal de la Unión Económica Euroasiática, con sede en Minsk (Bielorrusia). Y, aunque no forma parte de los órganos institucionales de la UEE, el Banco Euroasiático de Desarrollo (Eurasian Development Bank) desempeña un papel funcional importante en el apoyo financiero a proyectos de integración.

La Unión Económica Euroasiática no es una unión política ni militar. Para ello Rusia ha creado la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). La OTSC es una alianza militar y de seguridad colectiva liderada por Rusia, creada para garantizar la defensa mutua y la estabilidad interna del espacio postsoviético. Los miembros actuales son Rusia, Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán. Su origen podemos fijarlo en 1992 cuando se firmó en Taskent el Tratado de Seguridad Colectiva (TSC), por siete de las 15 exrepúblicas soviéticas con el fin de evitar el colapso total del sistema de seguridad soviético. Su creación formal fue en 2002 institucionalizando estructuras militares, políticas y de mando. Gracias a ello, Rusia se convierte en el centro logístico, doctrinal y operativo, aunque no existe un mando integrado permanente como en la OTAN (Obydenkova, 2010: 91).

En el caso de Armenia, la OTSC ha demostrado su incapacidad para defender a sus socios de una agresión exterior, sin embargo, su papel estabilizador si es fundamental en las repúblicas centroasiáticas. En primer lugar, coordina los esfuerzos contra terroristas y la expansión del extremismo islámico procedente de Afganistán. En segundo lugar, refuerza el control de unas Fronteras porosas en manos de Estados débiles. Y por último da seguridad a regímenes cuestionados (Kazajistán) o Estados frágiles (Kirguistán y Tayikistán). Con todo ello dota a Rusia de una profundidad estratégica en Asia Central.

De tal manera que la UEE y la OTSC son las estructuras, dúctiles y flexibles, que construyen el proyecto eurasiático ruso, en un momento de debilidad de la potencia eslava. La UEE crea una integración económica y la OTSC garantiza que ese espacio no colapse ni sea penetrado militarmente por otros.

### **China y la Belt and Road Initiative (BRI)**

China es el tercer jugador que se hace presente. Desde el momento de su Reforma y Apertura, China se abrió al extranjero. Deng Xiapoing afirmó: «La política de apertura de China al mundo exterior y de intercambio con los países extranjeros se hace sobre la base de la igualdad y ventajas mutuas» (Ramírez Ruiz, 2018: 282).

Desde el principio de esta nueva era China apostó por el multilateralismo. Fue desplegando una acción exterior muy dinámica y expansiva. Para su acción exterior definió dos ideas políticas que marcaban su pragmatismo: «Consenso de Beijing» y la política win-win (ganador-ganador) (Ramírez Ruiz y Rodríguez Díaz, 2017). Esto significa que China proponía a sus socios exteriores unas relaciones basadas en la igualdad y la reciprocidad sin interferencia alguna en la política interior de sus socios (Ramírez Ruiz, 2017).

Esa política fue demostrando su efectividad a lo largo de los años. Bajo el gobierno de Jiang Zemin China mostró sus ambiciones y perfeccionó su discurso exterior con el renacimiento de las ideas confucianas. Con Hu Jintao se confirmó su papel como gran potencia. Xi Jinping mantuvo las líneas de sus dos predecesores: mantener el multilateralismo y reforzar las posibles alianzas o coaliciones de intereses frente a los EE. UU. Para ello, perfeccionó el mensaje exterior chino, en sintonía con su principio programático del «Sueño chino» (Ramírez Ruiz, 2014), abogando por la *igualdad, la paz y la armonía*. Por ello, el lenguaje diplomático de la China de Xi Jinping se forma con términos tales como «respeto», «igualdad», «justicia», «paz», «diálogo», «negociación» y «cooperación». La idea subyacente es que, desde una perspectiva internacional, a medida que China se hace más fuerte también presta más atención a la paz y la armonía del mundo, y persistirá en hacer contribuciones a la construcción de un mundo «armonioso con paz duradera y prosperidad común» (Li, 2012: 101-106). Pero, lejos de idealismos, este multilateralismo practicado por China es en realidad, «flexible, instrumental y estratégico, a veces más nominal que cualitativo y, en cierta medida, oculta un realismo subyacente» (Wu y Lansdowne, 2008: 267).

La gran novedad que Xi Jinping aporta a su política exterior es que su «multilateralismo» tiene como punto clave el «extranjero cercano», es decir, el entorno regional inmediato, que para China significa: «Ruta de la Seda» (Jinping, 2014: 442-444). El objetivo diplomático es hacer que el desarrollo de China genere beneficios a sus países vecinos. Para este objetivo, es necesario, en primer lugar, mantener la estabilidad en el escenario político internacional y, en segundo lugar, centrarse en dos áreas geográficas principales: aquellas áreas incluidas en las antiguas «*Rutas de la Seda*» (Huaguang y Luan Jianzhang, 2013).

La Ruta de la Seda es el antiguo «cordón umbilical» que unía China al mundo y viceversa. En este sentido, China quiere trabajar con los países vecinos para acelerar la red de infraestructuras de conexión y convertir la «Ruta de la Seda» en un «Cinturón económico» («Silk Road Economic Belt») y la «Ruta de la Seda Marítima» para el siglo XXI (Ramírez Ruiz, 2023: 52-55).

La ruta terrestre, alcanza el Mediterráneo a través del Asia Central y los países

árabes, y llega a Europa del Norte y Central a través de Asia Central y Rusia. En consecuencia, los países de Asia Central son cardinales para este proyecto chino.

La Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) ha incorporado de manera activa a los cinco Estados exsoviéticos de Asia Central: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Aunque no existe un tratado único de adhesión equivalente a la membresía de una organización internacional, estos países han suscrito acuerdos de cooperación bilaterales y multilaterales en el marco de la BRI. Dichos acuerdos establecen compromisos políticos amplios para participar en la iniciativa, coordinar proyectos de infraestructura y cooperación económica, así como promover la conectividad regional (Qingmin, 2020: 246-264).

El impacto económico agregado de esta cooperación se refleja en el comercio y la inversión: en 2024, el volumen de comercio bilateral entre China y la región alcanzó niveles históricos, aproximadamente noventa y cinco mil millones de dólares USA, consolidando a China como el principal socio comercial y proveedor de inversión para los países centroasiáticos. Más allá de los proyectos de infraestructura física, la BRI ha promovido también iniciativas de fortalecimiento institucional y cooperación técnica (Barman, 2023: 97-102).

En el plano político y diplomático, la BRI ha sido institucionalizada mediante cumbres regulares y plataformas de diálogo específicas con los Estados centroasiáticos. La Primera Cumbre China-Asia Central se celebró en mayo de 2023 en Xi'an (China), con la participación del presidente chino Xi Jinping y los jefes de Estado de los cinco países de la región, estableciendo un marco para fomentar una «comunidad de futuro compartido» y profundizar la cooperación bilateral y regional.

Posteriormente, en junio de 2025, se llevó a cabo la Segunda Cumbre China-Asia Central en Astana (Kazajistán). En esta ocasión se aprobó la «Declaración de Astaná» y un tratado sobre buena vecindad y cooperación amistosa permanente; además, se firmaron múltiples acuerdos de cooperación en sectores estratégicos como transporte, industria, aduanas y comercio, y se anunciaron la creación de centros de cooperación y plataformas comerciales bilaterales.<sup>9</sup>

Estas cumbres, que se celebran cada dos años, constituyen una estructura de coordinación política multilateral más estable que los mecanismos bilaterales tradicionales, y su periodicidad, junto con los acuerdos conjuntos, configura una forma de institucionalización supragubernamental de la presencia china en Asia Central.

China ha gestionado sutilmente su inserción en el contexto, principalmente a través de la integración económica en la que una «China próspera» se presenta como atractiva para otros estados. Además, China calcula cuidadosamente su fuer-

<sup>9</sup> CGTN Español, «Xi Jinping Asiste a II Cumbre China-Asia Central» [Consultado el 23 de enero de 2026].

za relativa en comparación con aquellas potencias presentes en el área y, cuando es posible, practica un enfoque de «equilibrio suave» frente a ella (Ramírez Ruiz, 2016b).

Por lo tanto, desde el principio, China fue consciente de que en este espacio necesitaba buscar la colaboración de Rusia para construir una región armoniosa a través de la cooperación pragmática, y la herramienta para ello ha sido la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS).

### **La Organización de Cooperación de Shanghái: la integración de los proyectos globalizadores de Rusia y China**

La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) se fundó el 15 de junio de 2001. Es la sucesora del «Grupo de los Cinco de Shanghái», establecido en 1996 por China, Kazajistán, Kirguistán, Rusia y Tayikistán para resolver disputas fronterizas, desmilitarizar fronteras y fomentar la confianza mutua tras la disolución de la Unión Soviética. En 2001, Uzbekistán se unió, transformándolo en la OCS, con un enfoque más amplio en cooperación política, económica y de seguridad. En 2003 se ratificó la «Carta de la Organización de Cooperación de Shanghái» que estableció su estructura y fines (Yu, 2024).

En la actualidad está integrada por diez miembros: China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán (2001), India, Pakistán (2017), Irán (2023) y Bielorrusia (2024). En paralelo cuenta con estados observadores (Afganistán y Mongolia) y socios de diálogo (Turquía, Egipto o Camboya).<sup>10</sup>

La OCS se basa en el «Espíritu de Shanghái», es decir, confianza y beneficio mutuo, igualdad, respeto a la diversidad cultural y desarrollo común. Su principal objetivo es promover la paz, la estabilidad y la prosperidad regional en la búsqueda de un orden internacional político y económico «democrático, justo y racional». Por ello se autodefine como una organización no alineada ni dirigida contra terceros.

Sus objetivos se agrupan en cuatro temas, fundamentalmente. En primer lugar, busca la seguridad regional, mantenimiento de la estabilidad fronteriza y cooperación antiterrorista luchando contra «los tres males», el terrorismo, extremismo y separatismo. Para ello creó en su seno la Estructura Regional Antiterrorista (RATS por sus siglas en inglés Regional Anti-Terrorist Structure). Fundada formalmente en 2004, con sede en Tashkent, se centra en la coordinación de la lucha contra los antedichos «tres males o tres fuerzas del mal». Concentra su actividad en la ame-

<sup>10</sup> Chien-Fu Chen, «Understanding Sino-Russian Relations and Regional Security through the Shanghai Cooperation Organization Summit», <<https://grici.or.jp/5427>> [Consultado el 23 de enero de 2026].

naza que suponen los grupos yihadistas locales, el Estado Islámico, el Movimiento Islámico de Uzbekistán o las repercusiones de la situación afgana. Volviendo a los objetivos de la OCS, en segundo lugar, busca la cooperación política y geopolítica, creando un espacio multilateral en Eurasia que sirva de alternativa a organizaciones dominadas por Occidente. En tercer lugar, trabaja por el desarrollo económico y conectividad, impulsando el comercio transregional, la energía, la infraestructura y la integración. Y, en cuarto lugar, como una manera de reforzar todo lo anterior potencia la integración cultural y social, fomentando los intercambios culturales, educacionales y civiles para fortalecer comprensión mutua.<sup>11</sup>

Su estructura orgánica es simple, basada en un Consejo de Jefes de Estado y otro Consejo de Jefes de Gobierno, ambos de carácter anual y Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores complementado con otras reuniones sectoriales de nivel ministerial. También cuenta con un Secretariado en Pekín (China) y el ya mencionado Comité Ejecutivo de la Estructura Antiterrorista Regional (RATS) en Taskent (Uzbekistán).

Desde su fundación su cambio más significativo se produjo en la cumbre de Tianjin (2025) dónde podemos decir que la OCS se convirtió en una organización de ambiciones globales con la aprobación de un Banco de Desarrollo, el diseño de una «Estrategia de Desarrollo» a 10 Años (2026-2035), y el planeamiento, a instancias de China, de una «Iniciativa de Gobernanza Global». En paralelo, se reforzaron las narrativas antioccidentales (coordinadas entre China, Rusia e India) pasando de un foro regional de seguridad a una organización eurasiática con influencia global que agrupa, aproximadamente, al 40 % de la población mundial y el 25 % del PIB global.

## La OCS y los proyectos Eurasiáticos de China y Rusia

La OCS sirve como plataforma para coordinar proyectos eurasiáticos de China y Rusia, promoviendo un «orden alternativo» al occidental. Para China, la OCS es un instrumento de estabilización estratégica de su periferia continental, con cuatro objetivos. En primer lugar, busca reforzar su seguridad interna, conteniendo al separatismo uigur (Rodríguez Merino, 2023). En segundo lugar, le sirve para gestionar sus relaciones con las grandes potencias vecinas (Rusia e India), sin alianzas formales y evitando bloques militares rígidos. En tercer lugar, dota de legitimación

<sup>11</sup> Zulqarnain, Muhammed, «Everything You Need To Know About The Shanghai Cooperation Organization (SCO)», Paradigm Shift, 13 de octubre de 2024, <<https://www.paradigmshift.com.pk/sco/>> [Consultado el 23 de enero de 2026].

multilateral a su liderazgo eurasiático. Por último, y de manera fundamental, como ya apuntamos, la OCS, genera un entorno favorable para la BRI en sus corredores terrestres clave, facilitando la construcción de grandes infraestructuras de conectividad euroasiática, como gaseoductos o corredores ferroviarios, a través de Kazajistán, Pakistán y Uzbekistán, miembros de ambos proyectos.

Para Rusia, la OCS es un instrumento estratégico, no un proyecto de integración profunda. La principal virtud que la OCS tiene para Rusia es la de permitirle preservar su influencia política en Asia Central, evitando que China se conviertan en árbitro político. Con la concurrencia de China, Rusia logra blindar el Asia Central frente a la OTAN, UE y EE. UU. Por otro lado, también le sirve para contener a China sin una confrontación directa al compartir liderazgo sin institucionalizar subordinación. A Rusia le conviene una OCS fuerte políticamente, pero débil institucionalmente, pues ello permite fortalecer a la Unión Económica Euroasiática reasegurando los lazos económicos y comerciales entre miembros de ambas organizaciones.

### **La OCS y los BRICS: complementariedad estratégica en el orden multipolar**

La relación entre la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) y los BRICS debe entenderse en términos de complementariedad funcional más que de vinculación institucional formal. Aunque no existe un marco jurídico que articule ambas organizaciones, sí se observa una convergencia estratégica sostenida, impulsada principalmente por China y Rusia, orientada a la transformación gradual del orden internacional dominante (Yi y Hou, 2025).

La superposición parcial de miembros explica buena parte de esta convergencia. China, Rusia e India participan en ambos foros, generando un núcleo de coordinación que conecta la dimensión euroasiática con el ámbito global. A ello se suma Irán lo que refuerza el vínculo entre seguridad continental y contestación del orden económico y político internacional.

Desde una perspectiva funcional, ambas plataformas desempeñan roles diferenciados pero interdependientes. La OCS actúa principalmente como un mecanismo de estabilización del espacio euroasiático, gestionando amenazas como el extremismo, el terrorismo y la inestabilidad regional. Los BRICS, por su parte, operan en el plano sistémico global, promoviendo alternativas financieras, cooperación Sur-Sur y una mayor pluralidad en la gobernanza internacional. La estabilidad territorial que proporciona la OCS constituye, en este sentido, una condición necesaria para que los BRICS puedan desplegar una agenda económica y política autónoma a escala global.

Para China, esta complementariedad resulta central. La OCS le permite asegurar su retaguardia continental, estabilizar su frontera occidental y proteger los corredores terrestres vinculados a la Iniciativa de la Franja y la Ruta. Paralelamente, los BRICS ofrecen una plataforma para proyectar su poder económico y financiero y liderar una coalición amplia de países no occidentales (Weiwei, 2017: 175-194). Rusia, por su parte, utiliza la OCS para mantener influencia en Asia Central y compartir con China los costes de la seguridad regional, mientras que los BRICS le facilitan una vía de inserción económica y política que mitiga su aislamiento frente a Occidente.

Desde una lectura geopolítica inspirada en la teoría del Heartland de Mackinder, la OCS puede interpretarse como un mecanismo de control del núcleo continental eurasiático, mientras que los BRICS proyectan esa base territorial hacia la disputa del orden global. En conjunto, ambas organizaciones constituyen dos pilares complementarios de una arquitectura multipolar emergente en el siglo XXI.

## Conclusión

Con el paso de los años, posiblemente muy pocas series documentales de televisión hayan alcanzado el nivel de fuente historiográfica y antropológica de La Ruta de la Seda de NHK y CCTV. En ella, la China que se abría al mundo ya mostraba un plan, a largo plazo, para revitalizar aquella conexión comercial histórica con el Asia Interior. Partiendo de Xi'an, se mostraba el oeste chino y su vínculo con lo que en aquel momento era el Asia Central soviética: espacios abiertos, desierto, nómadas de lenguas turcas, persas en Samarcanda, el Himalaya y el mundo indostánico al sur, las estepas frías y el mundo ruso al norte, y el Mediterráneo al final del camino. Asia Central aparecía como el centro de la isla-mundo de la que habló Mackinder, un corazón geopolítico que conecta y condiciona el mundo.

No hay certezas en la historia, y aquel mundo que en 1981 parecía eterno e inmutable había desaparecido en 1991. Con el colapso de la URSS, Asia Central parecía haber perdido a su dueño imperial, y surgía la ocasión de iniciar un nuevo camino. Sus nuevos Estados soberanos reivindicaban a los guerreros nómadas timúridas y mongoles que un día dominaron las estepas y desde allí «el mundo». Sin embargo, el futuro no ha sido así. La conclusión fundamental de este trabajo es que Asia Central no es un protagonista autónomo de la historia, sino un territorio en disputa, un sujeto histórico moldeado y presionado por las ambiciones de potencias externas.

Los procesos de globalización, la multilateralidad y la cooperación son hoy las nuevas vestiduras del viejo imperialismo. El vacío de poder dejado por la URSS fue

rápido ocupado por las viejas potencias, bajo la apariencia de globalización económica. Esta pasó de ser unipolar a multipolar: diversas globalizaciones, respaldadas por diversas potencias, que buscan legitimarse con desarrollo, cooperación y soberanía.

Al alcanzar las independencias, el primer poder imperial en aparecer fue Estados Unidos. Sin embargo, los «americanos» nunca parecieron interesados en el control directo del corazón de Asia Central; su objetivo era Afganistán, usando la región como base estratégica en la guerra contra el terror. Su presencia limitada refleja la lógica del Rimland: un imperio marítimo que «observa y molesta», vigilando la acción de Rusia y China y entorpeciendo su dominio regional. A ello responde la creación del grupo C5+1 en 2015, tras la expulsión estadounidense de su última base en Kirguistán, consecuencia indirecta del conflicto ruso-ucraniano.

El siguiente imperio en escena fue Rusia, que nunca se fue realmente. Permaneció a través de la población eslava, las élites rusificadas y la interconexión económico-industrial. Desde la década del 2000, Rusia reforzada comenzó a incrementar su influencia en Asia Central, impulsada por la reconstrucción de un Estado fuerte y la necesidad de responder al creciente papel de China en la región. Todo ello revestido de la teorización de una especie de «destino manifiesto» a través del neo-urasianismo duginiano. Su retorno ha sido suave, posibilista y pragmático: reconoce las fronteras y soberanías de los Estados centroasiáticos, multiplicando foros y organizaciones transnacionales —como la Unión Económica Euroasiática y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva— que legitiman su liderazgo sin imposición directa.

China es el último poder imperial en proyectar su influencia en Asia Central. Su interés es estratégico, no territorial: busca estabilidad y cooperación, ofreciendo riqueza y desarrollo a cambio de buena voluntad. Su mensaje legitimador es la Belt and Road Initiative, la nueva Ruta de la Seda, basada en desarrollo pacífico, armonía y multilateralismo, con un mensaje escasamente modulado para la región, sino genérico lo que ha facilitado su conexión con los BRICS.

Tanto China como Rusia colaboran de manera pragmática, conscientes de que la estabilidad del corazón del mundo depende de su coexistencia. Para ello han creado y potenciado la Organización de Cooperación de Shanghái, a través de la cual sus dos proyectos Eurasiáticos (UEE y BRI) se integran sin solapamientos ni competencias y se ligan a la apuesta global que significan los BRICS. Además, se refuerzan mutuamente en Asia Central frente a Estados Unidos, en una típica alianza (informal) de la segunda y la tercera potencia frente a la primera hegemónica.

Así volvemos al inicio: el corazón de la isla-mundo no es un territorio soberano, sino un espacio codiciado por imperios que dictan, limitan y moldean su destino.

Los pueblos centroasiáticos no alcanzaron independencia plena; poseen una soberanía parcial, funcional y selectiva, ejercida en un mundo global carente de autoridad política efectiva. Asia Central, en la era de las globalizaciones, sigue siendo «el corazón del mundo en disputa»: un territorio que se debate entre ambiciones imperiales, cooperación aparente y soberanía fragmentaria, una encrucijada donde la historia continúa escribiéndose bajo nuevas vestiduras de poder.



Durante siglos, Asia Central ha sido un espacio clave donde distintas culturas, imperios y rutas comerciales han contribuido a dar forma al mundo. Desde la expansión del islam hasta las tensiones geopolíticas contemporáneas, pasando por las redes de la Ruta de la Seda, las conquistas mongolas y la experiencia soviética, la presente obra traza la historia de una región dinámica y en constante transformación. Fruto de un trabajo de reflexión colectiva, aunque integradas por miradas que responden a tradiciones historiográficas, marcos conceptuales y contextos académicos heterogéneos, sus páginas cuestionan la idea de globalización como fenómeno exclusivamente moderno para mostrar cómo, desde hace más de mil años, esta enorme extensión de territorio ha sido uno de sus motores fundamentales.